



GATOS

ARTE Y AMOR



GATOS ARTE Y AMOR

Nueve Editores

Editores

Andrea Vergara G.

Andrés Pascuas Cano

Prólogo

Norma Patricia Padilla

Ilustración de portada

Lina Avendaño

Diseño y maquetación

Nueve Editores

Primera edición digital

de descarga libre, mayo 2020

www.nueveeditores.com

Licencia escogida

Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional



Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

GATOS

ARTE Y AMOR



MAULLIDOS, AULLIDOS Y RONRONEOS

Norma Patricia Padilla Díaz

Me imagino en unos cuantos años, cuando en mi piel se lean historias, observando serenamente al horizonte, bebiendo agüitas de hierbas dulces y, por qué no, un café. Junto a mí, un gato, ese que dibujo en mis libros, vestido como yo de complejidad, con su mirada profunda, acompañando mis pasos y haciéndome pensar que llegará un día más. En mi cotidianidad, no hay espacio para responder al pacto de compañía con un peludo, pero en otros tiempos, los mininos dejaron en mi piel las amorosas y ásperas caricias con sus lenguas y anclaron sus miradas en mi alma. Aquí develo tres momentos, tres gatos y cuatro escritores para tejer este texto.

Una bestia bípeda habitó en mi casa de infancia

“Si se pudiera cruzar al hombre con el gato, la raza humana mejoraría, pero el gato se deterioraría”, dicen que expresó Mark Twain en algún momento. Nuestra gata Mariposa había llegado a casa tirada por encima del muro del patio, alguien no la quiso, pero en nuestra casa había vacante para una cazadora de ratones y ella pasó la prueba, así que se quedó. En su primera camada tuvo un carboncito al que la tía Lida bautizó como Camila. Nadie la adoptó, ¡vaya, ahora entiendo el porqué de campañas como “los gatos negros también son bellos”! Nuestro juguete favorito amaba trepar por el arbusto de guayaba y desenrollar el papel sanitario áspero y de color pálido que colgaba de una cabuya amarrada a dos grandes puntillas clavadas en ladrillos grises. Jugaba a las escondidas entre los zapatos número 43 de los tíos y del abuelo y, si sentía hambre, la falda de mamá Lula era el más rápido pasaporte a un plato de “exquisitas” sobras.

Una tarde, Camilita jugaba a la entrada, alguien con un mal día tropezó con ella; vociferando lanzó una fuerte patada, estrellándola contra el portón de listones de madera. Los aullidos viajaron por cada rincón; ese día entendí que el dolor podía escaparse por el hocico y los ojos. La persona más dulce de casa, mamá Lula, la envolvió en un viejo camión; por noches se desveló consolándola, para evitar interrumpir el sueño de los proveedores del hogar. Cuando lograba ponerse en pie, corría desorientada, se golpeaba contra las paredes y mostraba sus ojitos rojizos y desorbitados. Solo en el regazo de su protectora y la tía Lida le daban sosiego, entonces maullaba.

Cierto día, al llegar del jardín, la tía Micho y yo no la sentimos, nos dijeron que alguien la había adoptado y que se pondría mejor. Con los años, la mentira fue descubierta, la habían dejado en una pequeña caja cerca a la Estación de Policía con la esperanza que alguien la acogiera. En medio de la pobreza y el hacinamiento en dos estrechos cuartos, algunos pudieron dormir tranquilos, incluido aquel que nos enseñó que el salvajismo hace parte de nuestra naturaleza. ¡No somos mejores, no somos superiores! ¿Para qué un cerebro más grande, si poseemos un corazón tan pequeño para entender las hermosas nimiedades? Aún traemos en nuestros genes rastros de barbarie y una altivez que desborda la comprensión de este azul ecosistema.

Al respecto, José Martí nos regala una posible explicación al absurdo comportamiento de algunos de nuestra especie. Él siguió la vida de John Sullivan, un boxeador de la década de los ochenta, en el siglo XIX, que la prensa norteamericana, los apostadores y los morbosos espectadores de peleas con reglas elementales, sangrientas e inhumanas convirtieron en héroe. La sociedad aclamaba y permitía tal brutalidad; lo llamaron la ‘bestia bípeda’; resultaba una fábrica de dinero en las apuestas. Comprendo hoy que viví con un John Sullivan, pero con enormes cualidades, porque me amó y le amé, pero sus valores estuvieron condicionados por el medio en que creció, en una época donde los animales domésticos aún estaban solo a nuestro servicio; los

gatos debían cazar ratones y los perros, entre más agresivos mejor, para cuidar nuestros hogares. ¡Twain, mucho de razón tenías!, sin embargo, confío en que cada día habrán más maullidos y menos aullidos cerca al corazón del hombre.

Compartiendo una experiencia con Charles Dickens en mi juventud

Kiko desapareció una mañana después de días de extraño comportamiento. Mis hermanos Ronal y Diego la encontraron entre el armario de su cuarto, metido de manera vertical entre las sábanas; solo veíamos su cabeza y no maullaba, ¡aullaba! Nuestra madre abrió las sábanas y lo colocó en una posición cómoda; de inmediato solicitó guantes, una caja de cartón, camisetas viejas, agua y jabón; ¡así continuó un milagro!, pues ya había un gatito que poco se movía. Para mis hermanos era incomprendible que esto le pasara a su gato macho. Creo que la misma cara de sorpresa que teníamos en ese instante, la tuvo Charles Dickens cuando descubrió a su gato William con su numerosa camada, desde entonces lo llamó Williamina.

Como si no fuera suficiente para estos niños, Kiko empezó a devorar a ese primer gatito; un comportamiento amoroso difícil de comprender y más para unos niños. Ruca siguió en su papel de comadrona, Kiko pujaba y ella halaba a los mininos. Al terminar, me tocó la peor parte, ¡limpiar!, aunque la nueva madre hizo su parte al encargarse de las placentas. ¡Mami, hay más explicar!, exclamé. Nunca olvidé esas caritas con gesto de asombro.

Agradezco a este gato tricolor, haberme permitido compartir su secreto. A diferencia de Dickens, jamás consideramos un nombre como Kika. Sabemos que lo hubiera logrado sola, pero quiso que hiciéramos parte de su milagro y nos confió además a sus pequeños. Mi hermanito le cedió su caja de cartón donde guardaba algunos carritos y mamá su despensa para las papas, ¡valió la pena!

Una conexión más con Cortázar, enamorados de un vagabundo. A mis casi cincuenta años

Entró por mi puerta en un momento en el cual mis linfocitos T acechaban. Un primer miao de saludo e inició su ritual de seducción frotándose, olfateando; sin lugar a dudas, conquistaba un nuevo territorio. Devolví su invitación a acariciarle al mostrarme su panza y estirarse. Con dificultad me paré y le serví un poco de leche con galletas de chocolate, en ese momento sus orejas estaban más erectas que cuando llegó. Durante más de un mes, entraba cerca de las 4:00 p. m.; maullaba, recorría la casa, frotaba mis piernas y con los días, pasó de dormir a mi lado a saltar sobre mi regazo. Cuando el dolor me visitaba, con cuidado se colocaba sobre mi pecho y con sus extremidades delanteras lo amasaba mientras su ronroneo se hacía más fuerte. Mi hijo averiguó en el vecindario que no tenía una casa como tal, así que no habría problema si decidía quedarse. Desde ese momento lo bautizamos Milan.

Era muy puntual, tanto para su llegada como para irse. Sus frecuentes visitas nos obligaron a incluir comida para gato en nuestras compras. Cuando pensaba en el hecho de que nunca pasaba una noche en casa, jocosamente pensaba que este gato se parecía a algunos hombres que llegaron a mi vida pero que no optaron por quedarse, cosa que agradezco en el presente porque aún continúan contagiándome de alegría y bendiciéndome con su amistad.

En una de sus visitas, empezó a masajearme muy fuerte, sentí sus uñas en mis senos y lo coloqué sobre el tapete. Se dirigió hacia su plato, comió, limpió sus bigotes, se acicaló un poco y observé cómo se alejaba por la acera. Durante quince días no supe de él. Una mañana lo encontré sobre la vitrina del tendero del barrio. Lo llamé por su nombre y la indiferencia tuvo su mayor despliegue. Esa noche, en el sofá idílico pensé como Cortázar: “Estoy tan solo como este gato, y mucho más solo porque lo sé y

él no”¹; además, comprendí su sentimiento cuando el gato negro, Adorno, aquel al que había puesto un lindo nombre, el que cada año irrumpía en su casa de verano en un pueblito francés y al que no encontró a su regreso, también se hizo el desentendido. Cortázar lo incomodó con su impuntualidad para su tercera cita anual.

¹ Cortázar, J. (2005). *El perseguidor y otros textos*. Buenos Aires: Ediciones Colihue, p. 113.



Catalina Villegas

Abismo

Por Dayana González Fajardo

Abro los ojos. Estoy sentada en una sala moderna con sofás grises. Un hermoso árbol está pintado en la pared y sus ramas se extienden hasta el techo. De una gran terraza, adjunta a la sala, llega un gato con caminar desgarrado. Se echa frente a mí y se lame las patas. Lo llamo pero me ignora. Se levanta, se estira y se dirige a la cocina. Escucho cómo mordisquea unas croquetas de un plato en el piso.

Vuelve a la sala, da varias vueltas y se sienta encima de mis piernas. Acicala su pelaje de nuevo. Termina y me mira fijamente. Veo sus ojos. Son amarillos. Ya los había visto antes en un hombre. El gato me mira, no como animal sino como hombre. No desvió la mirada y él tampoco. Detallo sus hermosos ojos. Líneas muy delgadas verdes y negras surcan su globo ocular. Su pupila parece no ser maciza sino un orbe de fluidos y vapores que acaban en el abismo de su punto negro central. No parpadea. Tampoco yo.

Caigo en su abismo.



Sara Dymz

Afecciones y afectos por los gatos

Por Germán Rojas

El mundo fue creado por gatos que habitan en el interior de todos nosotros. Hemos creado un mundo digno, un pandemónium de tulipanes, cercano del purgatorio con olor a *splash* de Victoria's Secret y *nuggets* de pollo. Los gatos tienen una fascinación por perseguir y ser perseguidos: un acto bueno que atrapan lo malo y conviven en sana armonía. Nosotros habitamos el mundo y el mundo nos habita, nos encuentra escondidos de sí, nos huye sabiendo hallarnos. Un altar al gato; memes de gatos; hoteles para gatos: ¡poesía para gatos! La humanidad es su mundo.

*

Te abrazo como un gato al fieltro; amor de gato:
te confío un descanso en mi cama; te crezco tal cual
árbol;

te miro mirar al cielo: una clara manera
de amarte con distancia

y
sin
dolor.

*

Sentados en el sofá tú, mi gato, yo. Te hablo: «En las palabras sencillas –como ya alguna vez te he definido– esparzo semillas del rococó para que tardes en deslumbrar y en captar la esencia más elemental de mis manos entre tus cabellos: las palabras que huyen, el grito de Nothomb, la ida de Hiroshige, un silencio de Smetana. Una caída en Copenhague, un vapor de Montevideo, un verde de Borneo, un amarillo en Dublín, un rojo en Abuya, un respiro en Liuzhou. Y un fin».

Y me respondes: «Vamos al Tayrona, a Cécota, al Tatacoa, a la Laguna de Tota; mira la vacuidad de tu gato: un espiral de nada. Bésame y vámonos de aquí. No me desees porque harás que me canse de ti; no me busques, no hay futuro sino este ahora en el que sí te amo».

Y el gato piensa: «Por qué complejizan el amor? ¿Por qué se inventaron el amor? ¿Seré yo más sabio al vivir como vivo? ¿Por qué tanto misterio detrás del coito? ¿Hacer lo que se me dé la gana me hace más libre? ¿Acaso mi existencia no es una paradoja en una caja?»



Yarithza Juliana Mendoza Villamizar

Bastien 01

Por Jorge DelMar

1, 2, 3... Las 7 vidas del gato; vivimos en todas a la vez, eso los humanos no lo pueden discutir. No podrían, claro, al tanto seguir agrietando su pensamiento, torturando su fatua razón por los siglos de los siglos, para permitirles que abrieran las puertas del azar y sentir el llamado de la noche en la abertura negra y vertical de nuestros ojos; eso tampoco lo entienden muy bien, el ronroneo del tiempo. Claro que hay algunos que abren sus pupilas a la noche que cubre sus interiores; en ellos, no es de extrañar el olor a gato, ese olor un poco a vagabundo, un poco a techo, a oscuridad, a buhardilla, a asechanza y sigilo, a lengua seca y baba amarga.

Con el que comparto mi cuarto es un poco así, es un poco un erizarse de piel ante cualquier caricia –inclusive las del viento–, es un poco el olfateo de los olorcitos ocultos detrás de los perfumes, es un poco de no usar loción y un mucho de entrega al azar... Por lo general, cuando estoy en esta habitación que compartimos, Bastien y yo, me entrego a mi gatuna meditación, azabache meditación, y entono el mantra milenario de mis ancestros, ronroneo...

Tampoco pueden, los H, explicarse que, aun teniendo los ojos cerrados, nosotros estamos observando, siempre atentos, conocemos la calidad del viento, cada pelillo nuestro es una antena, permanecemos atentos a los olores, ¡cerrar los

ojos!, ¡qué barbaridad!, no entiendo a los humanos, tapan su piel, eso sí que es cerrar los ojos. Bastien duerme desnudo, pasa la mitad de la mañana desnudo; cuando no tiene ‘trabajo’ y está solo –que es casi siempre–, se la pasa en mi hogar desnudo, como si hiciera parte de algún entrenamiento que solo él entendiera, una disciplina; de hecho, su rutina de ejercicios la hace desnudo, se ejercita de noche; todo el día hace café, piensa, medita, yo lo sé, él siente la calidad del viento, su temperatura, su fluidez, yo lo sé, su concentración elimina las dudas, la muerte florece y se marchita y, de pronto, puede que vuele y sienta que él es como la muerte; sé que se volvió consciente de su continua descomposición y también de la descomposición del universo entero y de las plantas, todo muere para que algo nuevo pueda renacer... Hace café, siempre hace café, así dejara de habitar este sitio por días, el olor a café y sudor nunca lo abandonan; es cálido ese olor, ese y el del tabaco son el olor de su soledad, hmmm, bueno, y otro olor del que, ¡miau...!, no puedo hablar.

Este espécimen no entiende por qué los que se han proclamado como sus prójimos se preocupan por el dinero, o tal vez lo entienda pero le parece absurdo; su lógica parece ser la siguiente: hay que preocuparse por el dinero cuando falta, cuando falta absolutamente, cuando ni siquiera se tuviera la posibilidad de obtenerlo, o lo que el dinero satisface, ni siquiera la posibilidad del crimen, solo ahí hay que preocuparse; por lo tanto, es absurdo preocuparse por algo que se tiene o se puede obtener; no entiende por qué ese afán de tener más; menos aún entiende lo de consumir; siempre

ha conservado un rastro de inocencia que lo redime frente a la idea de morir y es quizás ese rastro de noche infatigable el que hizo que me le acercara.

Cada vez que vuelvo al hogar, a este ‘tugurio’, como nos gusta llamarlo, hay algo nuevo y algo se ha perdido y pareciera que cada objeto perdido y encontrado modificara, en algo, su rostro. Si su cuarto fuera una especie de mapa mental, una especie de microcosmos, el orden de este pequeño universo sería el siguiente:

—Todo lo colgado corresponde a los planetas y su lámpara sería la estrella principal; cerca de esa estrella, llamémosla ‘Marion’ provisionalmente, estaría lo que en el cielo correspondería a Venus, un afiche de ‘Diamanda Galás’, ‘una mujer soberana’; debajo de ella, como estrellas fugaces, como lluvia estelar, Led Zeppelin, Black Sabbath, Dio, Iron Maiden, Judas Priest, AC/DC... Su cama se encuentra debajo de la estrella principal ‘Marion’; es una estrella peculiar, tiene aspas, y en las aspas, al poner atención, se ve una espiral, y en las puntas de aspa unas fotografías de las que no puedo hablar...

—La voluntad del señor de este universo es un poco extraña... Permitió la vida en este planeta, planeta Bastien 01; si alguien entrase, pensaría que en este suelo no puede haber posibilidad de vida; sin embargo, y lo sorprendente, es que su fauna, aun siendo básica, reúne todos los elementos orgánicos para mantener un pequeño, aunque tóxico, ecosistema: una planta se pudre encima de una camisa que, a su vez, está

cubriendo un libro apoyado en una especie de nochero, cuya gaveta abierta muestra cigarrillos a medio fumar y colillas; la camisa está agujereada, ‘abaleada’; al pie del nochero, una caja de pizza deja salir una lengua de harina; no hay armario, así que la ropa se organiza como a su antojo; este ecosistema de 7 x 8 m acoge bichos, con los que me entretengo; me gusta jugar con los cucarrones de septiembre que entran por la ventanita que siempre permanece abierta; he llegado a pensar que Bastien un día la abrió para que yo entrara y, luego, se olvidó de su existencia; me gustan las arañas; las respeto, aunque también me las como, son crocantitas; en ocasiones entran ratitas atraídas por el olor a queso de las pizzas que Bastien conserva; esos suelen ser buenos bocadillos o un poco de entretenimiento; cada temporada trae sus propios bichos.

—La atmósfera de este microcosmos, además de los olorcitos que ya se señaló, tiene un olor a sangre, al que ya me he acostumbrado, inclusive le he cogido gusto: camisas con sangre, pantalones con sangre, zapatos con sangre... tiene una costumbre rara: cuando algo se le mancha con sangre, nunca lo lava ni lo bota, con excepción de los zapatos.

Cuando salió a vivir en solitario, no sabía hacer nada; venía de una familia acomodada y, para sobrevivir en las calles de una ciudad como estas, eso es una desventaja; al principio era muy confiado, por lo cual lo robaron varias veces; no le gustó verse indefenso y guardó en su memoria los rostros de sus victimarios; comenzó a entrenar defensa personal, capoeira y lucha greco; su cuerpo joven y elástico recibió la gracia de la técnica, su espíritu feroz lo obligó a

buscar su camino, a no tener escuela, pero el aprendizaje que lo marcaría, que definiría su carácter, se lo dio la calle.

Cuando comenzó a faltarle la papa, se las vio negras; no puedo quejarme, nunca nos faltó de comer; Bastien comenzó a aprender de mí, ¿qué cosa?: la tranquilidad, saber aprovechar las oportunidades, vagar y pelear.

Un buen día, en la cabañuela de octubre, Tom nos visitó: trajo vino, cigarrillos y unas salchichas para mí; le dijo a Bastien que esa noche habría peleas en un ring improvisado, debajo del bar ‘Ojos de serpiente’, que era underground y que pagaban 500 mil pesos a quien le aguantara 3 rounds de 3 minutos a un tal ‘Macancan’. Ese día, Bastien desayunó vino, pan guardado y una lata de lomos de pescado, que compartió conmigo, me miró, siempre lo hace cuando toma una decisión, sé lo que está pensando:

—500 mil pesos... Un buen bistec para Miau, güisqui, camisa nueva, salir con Juana, cine, besitos, besitos, hotel; al ser así, el lunes me quedaría para desayunar...

Todos los que se reúnen en este bar tienen vidas rotas; no hay excepción para esta regla; muchos, antes de morir, quisieran hacer algo grande, robar un banco, por ejemplo, o matar a alguien importante o liderar una banda que en los noticieros se dijera buscaban... Pura basura de insatisfacción; estos no huelen a gato, huelen a perro, y algunos, más rancio, a muerto.

El ambiente lo impregna el olor a sudor, cerveza, aguardiente, sangre. ‘Macancan’ ya atendió al primero y

nadie quedó con ganas de salir al ruedo; ya entendieron por qué lo llaman ‘Macancan’; estoy en una cornisa, desde donde observo todo y nadie me observa. Bastien se para, camina directo hacia el ring improvisado con cintas de policía, nadie lo detiene, le abren paso, lo ven, callan, no parece un oponente para el ‘Macancan’, pero lo que no saben es que a Bastien ya le dejó de importar, hace tiempo, su integridad. Le dejó de importar cuando se vengó de los que lo asaltaron cuando era cachorro de pantera, pero esa es otra historia; ahora, Macancan lo ve como una presa; la mirada de Bastien es fría; las apuestas comienzan.

Su talento natural sorprendió a todos: inteligencia, fuerza y habilidad; el Macancan no se lo esperaba. Segundo round y Bastien sigue sólido, mientras Macancan ya da coces, que disimula como si fuese rabia. Después de la pelea, en la que ninguno perdió, Bastien, con un ojo en sangre, nudillos hinchados y la primera de las camisetas ensangrentadas, mientras cuenta los billetes entra en la planilla de los cobradores, por comisión de la ‘Red’, que se encarga del microtráfico de mercancías ilegales y de favores, de muerte.

El ascenso a la gloria no torturó ni rotuló su voluntad, no cambió su domicilio; a pesar de que los enemigos al acecho aumentaron, considerablemente, fue época de muchas ratas, de definir fronteras, de marcar el territorio; a nosotros los gatos, con una orinadita nos basta; los humanos solo se entienden con el olor de la sangre.

Después de unas cuantas peleas serias, así, de repente, dejó de coleccionar camisas con sangre; pasaba más tiempo en el ‘tugurio’, al pendiente de su teléfono: algunas llamadas hacían que saliera de inmediato, otras lo relajaban y se dedicaba al ocio conmigo, a aprender de esa noche que no depende de si hay o no sol.

Algunas veces recibe visitas, aunque últimamente se reduce a tan solo una; no conozco su nombre, pero debe ser algo así como Flora o Jade, Jazmín o Ágata, Amaranta o Gemma...; suelen pasar semanas enteras, desnudos, en mi habitación, ¡Miau...!; este par algo se quieren; aunque Bastien recibiera la llamada, ‘la llamada de la muerte’, como les gusta bromear, él solo sale una noche o un día y vuelve con su vestuario negro tan pulcro y oscuro como cuando salió, una sombra nueva en sus ojos y una sonrisa cómplice, que quiere decir “Todo fue bien, es simplemente que entró otra vez el vacío, nada de qué preocuparse...”, y todas esas sombras que pueblan sus ojos se desvanecen, mientras, acurrucados, descansan desnudos.

Estamos en la primera cabañuela del año, noche de luna hambrienta, Bastien no duerme, vuela con el humo de su Marlboro rojo, ella duerme a su lado; del otro lado de la cama, reluce la plata de un metal, azul; todo en el cuarto es azul. Hoy, Bastien no trabaja: el sol se deslizará como el sudor de sus pieles, después de los jadeos, tanto de los sueños como esos otros jadeitos, luego sus respiraciones son lentas, la calma; hoy, Bastien no trabaja, hoy es el día de amar,

de robarse al tiempo, el fuego de la noche en su corazón, la oscuridad a su alrededor. Hoy, nadie muere, ni ratas ni hombres, la guerra continúa...

1, 2, 3... Fin.

El 'Macancan' buscó su revancha; claro, no pudo; claro, me enteré de que anda, ahora, de camello, vendiendo drogas y robando; su vida mejoró, comenzó a oler a gato... Lastimosamente, está en la mirilla de la 'Red'; es posible que Bastien sea su ejecutor; al 'jefe' le gusta la ironía. ¡Miau!

Y, entonces, en mis entrañas
 Maúlla un gato
 Chico, chico...
 Con nombre metafóricocambiante
 Y de todos los colores gato
 O sea de piedra preciosa
 Gatito gatito gato
 Solo nombrarte es un blues
 Psicodélico... Misterioso
 Raros caminos me unen a tu sino
 Extraños sinos son tus ojos
 Diafanomalignos



Angélica Sierra

Bruma

Por Niña Tigre

Bruma que juegas con la sombra
de mis pasos cansados,
que pastas en los prados de las lagunas
de mis ojos.

Bruma de colmillos y cola anillada,
de diez vidas reencarnaste
para ser heredera de mis silencios.

Habitante de lenguajes simbólicos,
cuerpo de mármol tibio
hija de arenas rojas y flores de fuego.

Atigrada, Señora del verde y
la tierra húmeda.

Le ruego a las noches de plata
despertar siempre bajo el filo espumoso
de tus garras.

Que la eternidad sea tu mirada
abrazada a la mía.

Que la rebeldía sea contemplar
la estrella gris que trajiste en tu hocico
y colgaste en mi pecho.



OKLON

Canela Mística

Por Gloria María Bustamante Morales

Yo oro mirando a mi gata
su ronroneo adentro es un mantra
toda su vida es un canto de contemplación.

Yo rezo viendo vivir a mi gata
sus pasos son una lenta peregrinación
y su sueño es una confesión
de ella con ella misma,
mística comunión.

Yo alabo a las diosas
acuclillada en su oceánica mirada
expío todos mis pecados
cuando sufro por su encierro.

Ella me da la comunión posando su guante
con sutileza sobre mis párpados
y me dice “La paz esté contigo”
cuando se acuesta en mi pecho a ronronear
y yo entiendo la piedad.

Mi gata es una misa
y yo asisto obediente a su ritual

ella se prepara celosamente
ungiendo con agua bendita de su lengua
cada dedo, cada pelo.

Medita con los pies adentro o
tapándose los ojos en posición fetal
luego se postra frente a mí
y con ojos de cuchillo azul
me lanza una pregunta
y yo vengo a su confesionario de miradas cada día.

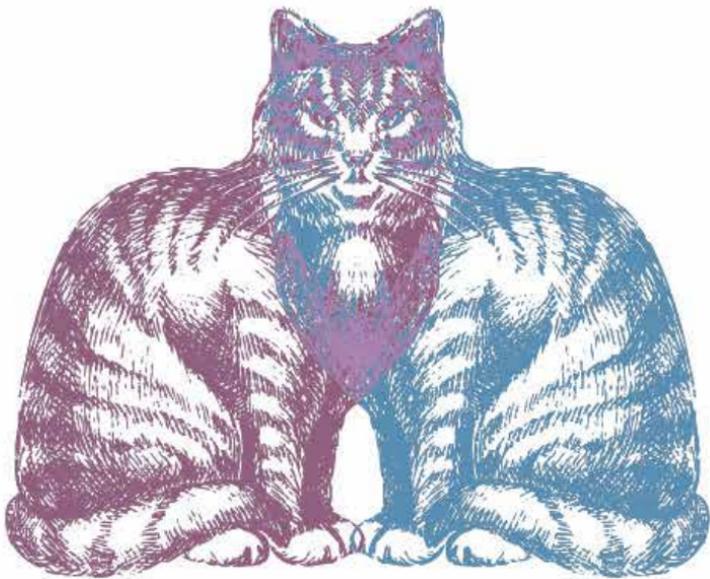
Ella me santigua
con su caricia de nariz fría
me bendice al amanecer, cuando aún duermo
parada sobre mí,
tildando con espuma de sus patas
las esdrújulas de mi rostro soñoliento.

Ella se absuelve a sí misma
lamiendo el sucio de su cuerpo
se bautiza tres o cuatro veces al día
sin saber que tiene un nombre
bebiéndose la vida en un pequeño hilo de la fuente.

Su canto celestial: un maullido al viento.

Mi gata y yo somos de la misma religión
profesamos el gatinismo; es decir,
somos gatólicas, agastólicas y gatomanas.

Mi gata, una eucaristía,
un confesionario de caricias,
una penitencia de ternuras,
una comunión en ronroneo.



Emilio Cano

Chiasa

Por Claudine Flamand

Chiasa, la gata, está con sus patas cruzadas sobre el taburete café de la sala, este es su lugar favorito desde que llegó a casa. No mide más de veinte centímetros de largo y todos los días reposa su comida descansando junto a la chimenea. Su rutina es simple y disfruto verla desde lejos. Piensa que el intruso soy yo y que comparte conmigo el lugar que habitamos. Me asombra su capacidad para realizar adecuadamente los chillidos que la hacen ver tan tierna. La observo acicalarse y limpiarse sus bigotes, lo hace con el ritmo que marca su vida: la parsimonia.

Llegó a mi hogar un día del mes de marzo del año 2012. Una vecina la rescató de la calle –la dejaron junto a otro gatito debajo de un auto azul–. La señora se adelantó unos pasos y recitó sin respirar: “Al otro, ya le encontré casa, pero me parece que ustedes tienen otro gato y pensé que tal vez podrían llevarse bien, qué dicen... ¿se quedan con ella?”, y cerró la puerta y nos dejó a Chiasa, a quien he visto subir a la azotea en dos mil novecientos veinte amaneceres, ascender con cautela enterrando sus garras sobre el árbol que lleva al infinito, mover sus bigotes para reconocer el espacio, trepar hasta sentir el viento cálido del verano o los gélidos cristales

de hielo que pegan sobre su rostro durante el invierno. La he observado con su cabeza elevada hacia el cielo y advertir la luz de la luna reflejando un color oscuro en su cuerpo, aun cuando su pelaje es de color dorado.

Veo que su caminar es rápido cuando abrimos la chapa de seguridad. A través del cristal de la puerta de la entrada, observo cómo mueve sus patas de una forma tan peculiar como lo hacen los felinos y al abrir siento cómo va aproximándose, generando su propia caricia. Pasa, ronronea, pega su cabeza sobre mí irguiendo su lomo, gira y da la vuelta para entrar y volver a subir al taburete café. Su interacción en la casa cambió después de que Komotsu, el gato que aquí habitaba cuando ella llegó, falleció. Él le enseñó a escalar y a subir desenfadadamente... Sin prisa y con anhelo. Komotsu era un gato sordo de pelo blanco y ojos azules, y, al igual que Chiasa, fue rescatado de la calle. Cuando él faltó ella modificó su forma de ser y diría que tomó poder sobre nosotros. Siempre ha sido libre: camina, va y viene sin dejarse tocar o acariciar, lo cual me llena de gusto, aunque a mí no me llama el ser así.

Fernando me ha concedido el regalo de la confianza. Soy yo quien le ayuda a vestirse, quien le acerca el medicamento y quien se postra debajo de él para que no se azote contra el piso cuando tiene ataques fisiológicos.

Soy yo también quien jala su silla de ruedas y lo acompaño cuando ella trepa al árbol, para verla subir. Los

ojos de Fernando no se despegan de sus movimientos hasta verla sentada debajo del cielo. Como presente le ha colocado un cascabelito de plata en su cuello, el cual produce un sonido cristalino y nítido que escuchamos cuando ella escala: “Llévalo siempre contigo Chiasa”, murmuró en su oreja el día que lo colocó en su cuello. Luego, acarició las comisuras de sus ojos y pasó sus dedos pulgares sobre ellas, encima de aquellos ojos que han perdido el don de la vista y que se han quedado inexpresivos al tener sus párpados unidos –así sabremos siempre dónde estás– y besó el borde de ellos.

Fernando es diseñador gráfico y ama el animé, trabaja sentado en la silla en la que está postrado como consecuencia de un accidente automovilístico en el que falleció su padre y él quedó parapléjico. Cada noche, después de ayudarlo a jalar su silla de ruedas y socorrerlo con mi guía en sus rutinas diarias, descanso en un mullido cojín, junto a Chiasa.

Las tres mascotas de Fernando hemos tenido nombres japoneses: Komotsu, Chiasa..., y yo, Chokichi, su perro guía.

A ella no solo le ha dado su collar; también le ha entregado el regalo de la esperanza, de la fe, del ánimo y del vigor. Al acariciarla pregunta qué ha visto desde el árbol, cómo ha sido sentir el viento... Sonríe e innumerables veces ha acariciado su estómago diciéndole lo afortunada que es por poder caminar, trepar y moverse libremente.

Veo la reacción de Fernando y la desesperanza se vincula con Chiasa, otorgándole lo que él no tiene, entonces,

agacho mi cabeza y me sonrojo: yo soy su vínculo con la tierra y Chiasa su conexión con lo impalpable, lo sublime, lo abstracto, lo puro..., lo elevado, lo que Fernando no puede alcanzar.

Ilustrador
Andy



Anderson Paredes

Poema 35

Por Emma Luz

A Neo

No, no cierres las persianas,
quiero ver cómo asoma la tarde a esta parte del mundo,
cómo llega el otoño con ese gris de sus ojos y hojas amarillas,
no cierres las ventanas
así puedo ver caminar mi nostalgia
por las calles de este barrio silencioso, desconocido
y puedo soñar un rato
imaginando que él,
que se fue a vivir al cielo,
a ese cielo inalcanzable,
pueda pasar esta tarde a saludarme
traer algún sonido del otoño, algunas gotitas de lluvia tímida
y me encontrará escribiendo, entre fotos nuestras,
esas que nos muestran abrazados,
cuando la muerte era solo una palabra
y no se acercaba a mis brazos donde él dormía.



Carlos Manuel Naranjo A

Carlos Manuel Naranjo

Kairos...

Por Paula Andrea Fernández Castaño

En medio del más oscuro sol,
Una diáfana noche se asomó;
En medio de miradas curiosas
Cuyos sus colores enredó.
Se acercó a mí,
Aquel ser misterioso que no distinguí,
Pero que, al sus ademanes sentir,
Todo aquel dolor,
Se inundó de lágrimas de amor.
Me rodeó con su cola,
Buscó cariño en mí;
Aun así hayan muerto las amapolas,
De un corazón roto sin fin.
Así que lo abracé,
Y un beso en sus orejas le di,
Porque tiempos alcé
Añoranzas que nunca pedí.
Así, de Kairos nombré,
A mi compañero felino;
Porque cuando triste me encontré,
Él a mi alma revivió cuando vino.

Cabellos fríos

Por Paula Andrea Fernández Castaño

¡Abrázame al amanecer!
Que al comenzar el día,
Sienta tus ronroneos correr.
Atisba mis pasos con orgullo,
Porque así sabré que no eres mío,
Y aun así mis pasos son tuyos.
Yo te daré lo que en la vida,
Ya no encontraré,
Porque en aquellos zafiros,
Y cabellos fríos,
Mi sonrisa desinteresada creé.
¡Sé un remolino de vientos!
Que a cada que pasa un momento,
Sorpresas en cada esquina encuentro.
Porque así eres... Impredicable,
Y eso hace de mi vida un sueño visible...
O al menos eso hacías,
Antes de que los abrazos
Escaparan en sismo,
Y de que aquellos zafiros
Fueran tan solo un espejismo.



Eddy Marquez

El maullido que me abraza

Por María Camila González Gómez

Con la elegancia de quien coquetea va moviendo su cola de un lado a otro, enrollándose en mis piernas con su ferviente amor.

A viva voz maúlla y me mira entrecerrando sus ojos, en este invierno helado me abraza con sus dos patas y me besa la cabeza, apoya su frente con la mía mientras protege mi ser de las tinieblas frías.

Mientras sueña yo le contemplo, y cuando despierta su mística mirada me llega al alma queriendo poseerlo pero entendiendo su espacio.

¿Morir? Eso no se le hace a tu humano, qué podría hacer yo en mi piso vacío sin ti.

Si yo muriera primero y he de reencarnar en otra vida que sea en una donde tenga la suerte de ser un gato.

Que en la vuelta de la esquina me crucé con mi alma de gato perdida, tan felina, tan fiera, tan tranquila.



Gato azul

Alejandra Pérez

Déjà vu

Por Leonardo Pineda

Felino en mis propias garras
Resiento de mi soledad arcana,
Prefiguro en la sombra una estocada
De la muerte que viaja enajenada.
Mensajero de palabras mudas
Sin afanes, ni premuras,
la luna en mis ojos dibuja
el huir de las almas espantadas.
Viajero silente de dos mundos
Ufano visitante del averno,
Mi nombre conjura el inframundo
Mi esencia entraña lo eterno.
Oculto en la densidad de la penumbra
Al margen incluso de mi sombra
Rehúyo al encuentro o la mirada
Que subyuga, mi libertad amada.
Desoigo insolente el cariño
Que suelen prodigarme con engaño,
Soy gato de mi propio infortunio
Y, mi nombre, encarna el presagio.



Nelson Enrique Torres Cadena

El baile secreto de los gatos

Por Uriel Velázquez Bañuelos

Para mi única gata, que, a pesar de tener más de un nombre (Luna, Merche, Malteada, etc), tanto ella como yo, sabemos quién es realmente.

En silencios, en noches desvelantes,
donde sueños van en hilos de plata,
de luna y estrellas, sale una gata
a pasear con corazón danzante.

Con par de ojos esmeraldas (brillantes
como la ciudad misma), ella desata
maullidos al cielo; mera sonata
son y ritmo de un recuerdo cambiante.

Mientras descansa, ya en la madrugada,
de su vivir no sabré yo, su dueño,
aunque toda pasión ya esté domada.

Mas de su noche solo quedan sueños,
un ronroneo que roba miradas,
y la pura alegría del risueño.



Lizzie Castro

La ausencia

Por Valentina Duque Vargas

Era ella, era ella. Pero ya no estaba. Tanto la pensé que la ausencia se transformó en gato. Se acercó a mí entre ronroneos intermitentes, con los ojos bien abiertos y las pupilas dilatadas. Comenzó a hablar, mi nombre en cada uno de sus maullidos. Era ella, era ella, y yo lo miraba.

Lo tomé y la alcé a la altura de mi cabeza, le grité, la quise golpear. Intenté hacerlo, pero de mi repudio solo salieron palabras. Gato maldito. ¿Qué quieres de mí, Angélica?, si igual te fuiste. ¿Cuándo fue la última vez que te vi? ¿Cuándo fue la última vez que te toqué? ¿Cuándo saboreé tu cuerpo?

¡Te odio!, maulló el descarado gato, y la vibración en su pecho me hizo soltarla.

Gato, observándome. Angélica, atenta. Sus ojos brillaban con un matiz rojizo. Abrió las fauces y rugió. ¡Te odio! ¿Por qué me odias, Angélica? Y el gato se quedó quieto, yo me perdí en su mirada hipnótica, éramos los tres... Extendí la mano, esta vez temía que al tocarlo ella desapareciera. Si vuelves, Angélica, no pasará nada.

A punto ya de rozarlo, un aire frío entró por debajo de la puerta. Todo gato se movió al vaivén de un viento lleno de

susurros. Te odio. Temí que los susurros se la llevaran y estiré más la mano. Toqué al animal. Si vuelves, no pasará nada.

No pasará nada. Te lo prometo, Angélica.

El gato emitió un chillido fuerte y visceral. Más y más te odio, te odio, te odio, te odio. Chillidos incesantes. Los ecos de su rabia, y los susurros, retumbaron en las paredes.

Lo levanté con un movimiento rápido, la apreté contra mí. Cerré los ojos con fuerza. Lloré su nombre. Me arañaba, hacía lo imposible por zafarse y yo más y más quería retenerla. Una sucesión de pensamientos tan tangibles, tan reales, en mi cabeza: la certeza de que podría volver a tenerla a mi lado. Era gato, era gato, yo la poseía de nuevo.

Chillidos. Como los recuerdos de las veces que me dijo que no, como las veces que intenté explicarle, ¡de la manera más cariñosa posible!, que no podía ir a ninguna parte, que se quedara en la casa, que aprendiera a hacer las cosas bien, a quererme bien... A tratarme bien. Maldita sea. Intenté explicárselo allí mismo, de nuevo, entre llanto y rabia y locura. No, Angélica, no te me vayas. Tú no te puedes ir. Tú no te puedes ir.

Y me olvidé del gato.

Y me olvidé de Angélica.

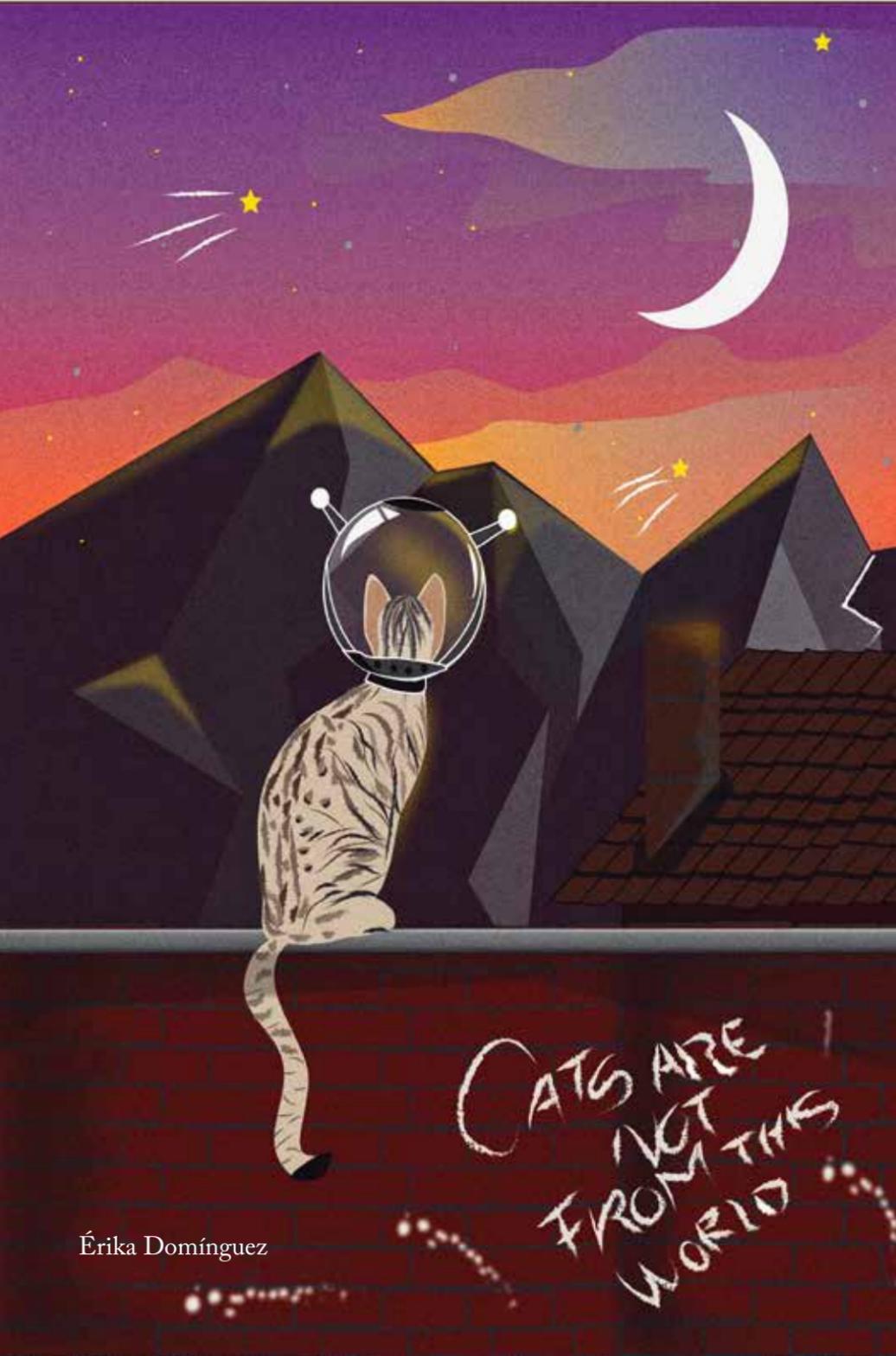
Abracé la no forma. Mis brazos lucharon contra alaridos cada vez más lastimeros. El aire frío silbó bajo la puerta.

No me detendría hasta hacerla comprender. No me detendría hasta hacerla regresar. Impuse toda la fuerza de mi abrazo para que se tranquilizara. ¡Quiero que entiendas que hice todo lo posible por amarte, por estar a tu lado! ¡Jamás te amé tanto como esa noche! ¡Jamás te amé tanto, y te enterré, y te morí!

Un suspiro profundo sacudió la habitación. No era suyo ni mío. El ambiente se había vaciado, estaba seco. Luego, un silencio, la sensación de haber perdido algo otra vez.

Abrí los ojos y el gato no estaba.

Angélica había desaparecido. Con ella, el gato. Y con él, la ausencia.



Érika Domínguez

CATS ARE
NOT
FROM THIS
WORLD

El gato de Kafka

Por Iliana Hernández Arce

*Es como si me hablara, y de hecho vuelve la cabeza
y me mira deferente para observar el efecto de su comunicación.*

Kafka

*

Omnipresente transcurre se escurre
por cualquier hendidura
de una sombra hasta otra noche explora los techos
mientras bebe la luna

Planeta diminuto
cualquier hogar es su espacio libre
De su pelo caen plumas de pájaro
y homéricas aventuras

**

Sube a un árbol salta por la ventana a la memoria
Recorre con elegancia las bardas
dialoga con los extremos de un tronco
no se anda por las ramas
tibia flor trepadora
pisa ondas invisibles
El sol tiene la medida de su cuerpo

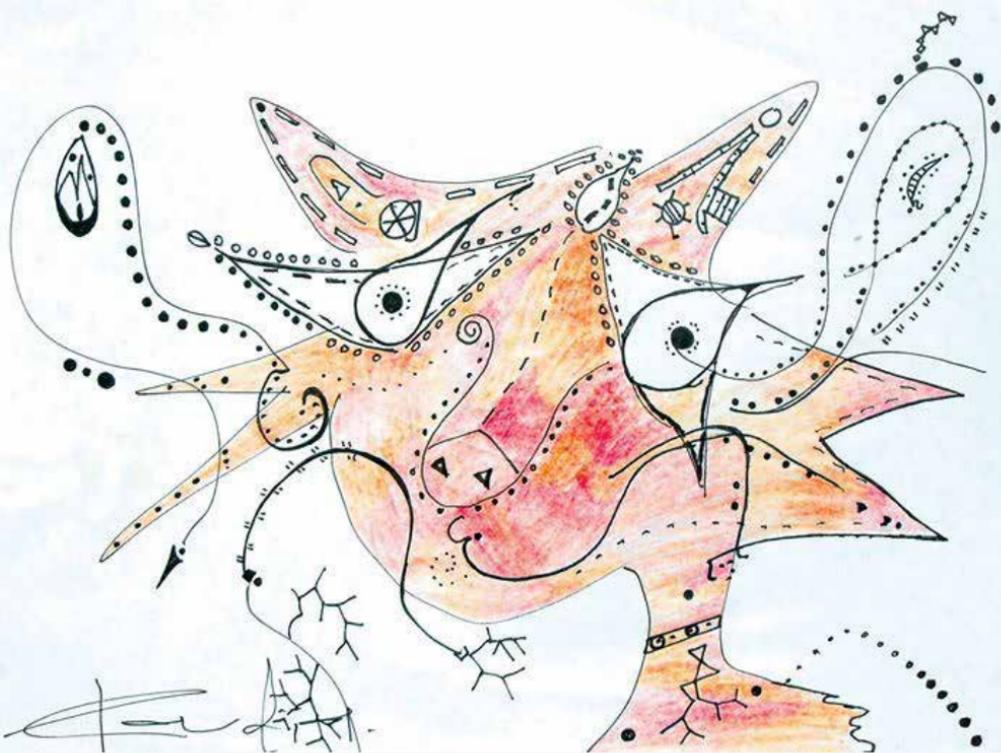
liviano y pasajero duerme en reposo perfecto
prende sus motores mientras te araña por dentro

* * *

Tiene un olor especial melifluo
su lomo te invita a estirar el brazo para tocarlo
si tus dedos se enredan en la suavidad de su pelaje
no tardará en producirse el efecto
te convertirás en su posesión

* * * *

Saltará de tus hojas hacia tus hojas
cambiará la realidad de tu realidad
El gato de Kafka
es el más riguroso crítico literario
su óptica nítida sacudirá tu pluma fácil
tus letras se deslizarán por sus dientes
 y colmillos
las hará sangrar quedarán temblorosas
como Bacantes de Hölderlin



Claudia González

El gato naranja

The Fat Ginger Cat

Por Olga Schembri

El *Fat Ginger Cat* se esconde en las noches. O al menos yo no lo veo. Quien sí lo percibe, lo huele y lo busca, es mi perro.

Se han convertido en buenos amigos, a pesar de no interactuar nunca. Increíble cómo la naturaleza es siempre una y siendo un perro y un gato desconocidos se tengan tanto afecto.

Salió el sol y el *Fat Ginger Cat* apareció sobre el muro de la entrada de la casa.

Impasible, perezoso, desafiante ante nosotros humanos y, sin embargo, tan noble y sumiso frente a los pocos rayos de sol que el clima permitía se colaran entre las nubes de invierno.

La única vez que el *Fat Ginger Cat* me dio algo de afecto –¿o me lo exigió?– fue en una ocasión en que escapaba yo de un día agitado y al verme llegar, decidió plantarse en la puerta desfilando su hermosa y dulce figura para que yo lo contemplara y, por supuesto, haciéndome notar su presencia.

Luego de aquel episodio, el *Fat Ginger Cat* desapareció por completo. No lo había visto en varios días, ni mi perro percibido en las noches, y cuando por fin lo vi de nuevo... Llevaba un collar consigo.

¡Oh, la tragedia! *Fat Ginger Cat* te has conseguido un amo, y es que así somos los humanos, pretendemos dejar marcas en todo aquello que consideramos nuestro.

ACAB



ALL CATS ARE BEAUTIFUL

Gato negro

Por Dora Susunaga

A Bleu, gato noche para mi vida.

Se dice que la lluvia limpia y
que purifica las almas, también
se dice que no pases bajo escaleras,
que no te barran los pies si te quieres casar,
que no abras sombrillas dentro de casa,
y sobre todo que no permitas nunca, nunca
que un gato negro cambie, a mala, tu suerte.

Y todo eso fuiste, un cambio de suerte
que los gatos no se mojan, y llegaste un día de lluvia
que son solitarios, y siempre estás a mi lado
que solo te buscan para comer, y estabas allí cuando debí
llorar
y fuiste el primero en sacar las uñas, cuando sentí que me
amenazaban
que siempre caen de pie, pero muchas veces te debí levantar
que se van un día sin mirar atrás, pero...

Fuiste la última cría de una camada que no querían
te despreciaban por imputada fama ancestral
de sal para la vida.

Y, en especial, que suerte negra traías.
Suerte negra, esa suspiré al ver tu maúllo
y solo al tocarte supe que con ronroneos
mi alma cambiaría.

Y yo que de superstición no sabía
díganme bruja, Wicca hechicera o maligna
negro gato que afirman pactas con Hastur,
magia has traído y no de poción y embrujo
sino de maullidos, bigotes, pelos y miradas fijas.

Fuiste la sal que dio sabor, sentido y gusto a mi vida
Y con cara de morir, esperanza no existía
no sé bien, se dice que gatos como tú sienten la muerte,
tal vez por ello me elegiste entre tantas vidas
solo los desventurados entendemos el regocijo
como el salvarme del eco vacío que dentro se mecía.

Y hoy que te veo mirar por la ventana,
agitar tu cola y agudizar la vista, espero aún ese pronóstico
de superstición de alguna lluvia que vuelva a recordar tu
arribo a mi vida.



Lizzie Castro

Haces llorar a los unicornios todo el tiempo

Por Lizzie Castro

Llega el Sr. Gato
Snif snif
meow meow meow
snif snif
meow meow

Una nariz húmeda

Lame sus patas
se frota con ellas la cara

Nadie lo nota

Son tics

Es un payaso bobo embustero
Un intérprete de sí mismo

Con su altivez nos engaña

*Why is every single second
filled up with you?*

Su ronroneo hipnotiza
Me he convertido en su presa

*I really don't know
It's what I'm used to*

No estoy segura si él
se ha acostumbrado a mí

Pero no hay día que no lo extrañe.



Carlos Manuel Naranjo

La arena húmeda de alcohol

Por Graciela Brown

Dicen que mi gato y yo
nos parecemos demasiado.
Él es independiente,
también lo soy yo.
Disfruta ronronear la noche
enamorándose por los tejados.
Disfruto las madrugadas
vengándome en versos trasnochados.
Los días de mi gato
transcurren en mi sillón, acurrucado
duerme y sueña, creo, que una gata
lo espera en un verde prado.
Mis días atraviesan
la rutina del asalariado:
trabajo de ocho a cuatro,
el bus de ida y de vuelta,
la cena, el televisor,
la soledad del divorciado.
Sin embargo, en defensa
de mi gato,
él no sufre por amores imposibles.

Me parece, sí, que desea
un paraíso gatuno
y cuando se ausenta sin avisar
por unos días o una semana
se va de juerga con sus pares
sin penar por una gatita infame.
En cambio yo... Escribo y escribo
poemas llorones y de desencanto
con mano temblorosa de borracha
arrastrando tremendas resacas
que no concilian el olvido.
Se equivocan cuando dicen
que mi gato y yo nos parecemos.
Él no espera más de lo que le dan
y yo me revuelco en la arena
húmeda de alcohol
(remedo pusilánime de felino)
en una playa imaginaria
sucia de sudor y mocos
sufriendo, a lo idiota, tu abandono
esperando a que regreses
aunque sea por la lástima que doy.
Mi gato es inteligente.
Yo no.



Lina Avendaño

Mía y la lluvia

Por Hernando Escobar Vera

Este relato es sobre una gata, la lluvia, una relación que muere y el sexo de supervivencia.

Es, primero, de un modo que solo alcanzas a intuir, sobre una gata. Sobre una gata y la lluvia. Mía es la gata de David. La encuentra bajo la lluvia y la lleva a su apartamento. Lo conoces dos años después. Para entonces estás acostumbrado a una vida mediana y al sexo de supervivencia: sexo precario, casi inhumano, que se va haciendo indispensable, como si sumando escasas satisfacciones se completaran el aire o el agua necesarios para seguir viviendo. Gotas entre la maleza que no calman la sed, pero son todo lo que hay. Todo lo que puede haber con David. Imaginas que así era la vida de Mía. La imaginas acostumbrada a la lluvia y a la vida en la calle. Te mira desde el mueble del televisor: esta es su vida ahora. Afuera llueve. A los dos los resguarda el apartamento de David. Él te invita a pasar la noche, pero así no funciona el sexo de supervivencia. Hay algo liberador en la lluvia: no tienes nada que perder.

Este relato también es sobre los paréntesis que no sabes bien si se abren o se cierran. Conoces a alguien y la vida queda en suspenso, como si todo lo anterior hubiera sido un paréntesis y la verdadera vida estuviera a punto de iniciar.

Poco después de lo de David, Nacho y tú se encuentran: a su lado empiezas a sospechar que el sexo ya no podrá ser de supervivencia. Son bellos pero escasos los meses que logran procurarse. Hay algo acerca de él y de la relación... que se te escapa, aunque comprender la belleza no sea indispensable para captarla. Dos roedores esconden semillas para el invierno y luego las olvidan. Por todo el futuro que este «tú y yo» prometía, es difícil bajar los brazos y dejarlo morir. Se abrazan con tanta fuerza como pueden. Llueve sobre el «tú y yo», pero no florece. Si pretendes retener el agua haciendo cóncavas las manos, solo las verás húmedas y vacías. Una historia que no sabes bien cómo relatar. El paréntesis se cierra. Cuando has deseado más, te preguntas si podrás volver a ser la versión vieja y desactualizada de ti mismo. A solas, hay algo liberador en la lluvia: no tienes nada que perder.

Este relato es sobre no saber si puedes tener una vida nueva o si el tiempo necesariamente es circular: todo se repite, nada acontece realmente. David vuelve a escribirte —no ha dejado de hacerlo, de vez en cuando, durante los meses con Nacho— y aceptas visitarlo. Quieres ver televisión acurrucado junto a él, como ofrece en su mensaje. Esta vez, Mía no te ignora: juega con tus manos, las lame. Se siente bien que un gato te elija. Tal vez Mía puede percibir que justo ahora te viene bien. Estás a gusto viendo televisión junto a David, pero él tiene otros planes: empieza a abrirte la camisa y el pantalón. No te sale la voz para contarle la historia, explicarle por qué no puedes volver al sexo de supervivencia. Mía te

mira, te acaricia la mano y corre. Otra vez. La voz te alcanza para decirle a David que debes irte. Tal vez él no lo llame «sexo de supervivencia», como tú, pero seguramente siente que le has negado algo a lo que debería tener derecho. Te apuntas la ropa. Él no tarda en acompañarte a la puerta para despedirse con un beso apenas cortés. Mía los ha seguido: quiere irse contigo. Además de molesto, ahora David está celoso. Con un gesto excesivo la levanta del suelo antes de abrir la puerta y se queda riñéndola una vez estás afuera. Mía te entiende, quiere acurrucarse contigo. Mía sabe que afuera llueve y no todos encuentran a alguien que los lleve a casa. Está bien. Hay algo liberador en la lluvia: no tienes nada que perder.



Eros

Nómadas

Por Jorge Torrealta

Solo algunos, pocos, muy pocos, son libres, nómadas. Van, vienen y desaparecen, jamás se sabe de ellos. El hombre fue libre, así dio sus primeros pasos sobre la Tierra, luego acaeció la civilización, cultivó la tierra y se asentó en ella, sus huellas no fueron sino ida y vuelta, tiempo cronometrado, horarios, monotonía. Miles de años sucedieron, tiempo de dinero, guerra y sexo, la historia de la humanidad. Y nací, evento vulgar, no constituye un milagro. No recuerdo el dolor del primer respiro, las saladas lágrimas limpiando mi rostro, la repulsión por el nuevo mundo.

Mis padres y mis abuelos fueron nómadas hasta cierto punto. La casa donde crecí la construyó mi abuelo, era su gran orgullo, pues fue un hombre errante durante muchos años. Extrañaba su infancia, su juventud, estoy seguro de que hubiera derrumbado su obra a cambio de aquellos momentos. Una y otra vez compartía su historia, y cada vez agregaba más detalles, quizás los inventaba, o tal vez los había olvidado. Nunca se detenía, vivió una juventud salvaje y desafortunada, se hirió los pies de tanto caminar, recorrió medio país a lomo de burro vendiendo peltre, y la otra mitad la anduvo rodando en bicicleta. Durmió a campo abierto, bajo las estrellas; en estaciones de autobús, sobre las sillas; en cárceles, sobre trozos de cartón y periódicos viejos. Él y su familia, mi padre,

tíos y mi abuela, vivieron como nómadas, rentaban cuartos, algunos sin piso y otros infestados de chinches. El viejo siempre quiso una casa, hasta que la obtuvo.

Mi madre también extraña su infancia, me lo ha confesado con la mirada perdida en aquellos años, su voz transmite la neblina que escapa al roce de las manos, la tierra congelada que quema los pies, la noche estrellada, oscura, muy oscura en la montaña. Y dejó aquella cima, el campo, para vivir en la ciudad; tenía diez años cuando abandonó a sus padres. Años después conoció a mi padre y engendraron a mi hermano y a mí. Todos vivimos en aquella casa, éramos una familia.

Alguna vez leí que el oficio más antiguo del mundo era la exploración, es cierto, la infancia es para ello, después todo se corrompe. La casa donde crecí era un punto aislado, principiaba la mancha urbana, todo a su alrededor era campo y laguna. Ahí vi por primera vez un sapo gigante, lo descubrí mientras rascaba la tierra con las manos, era inofensivo como todos los animales, se dejó agarrar, lo observé un momento, y lo volví a su hogar, lo cubrí con su tierra. Allí me alimenté de higos y descansaba sobre una ingente piedra en forma de plancha, la lluvia la hacía resbaladiza y mi hermano y yo nos deslizábamos por ella. Todo era verde, gris, blanco, azul, rojo, el contraste de colores era excesivo.

Y un día conocí a un nómada. Era un gato negro, de pelo brillante, ojos verdes, mirada retadora, elegante en su andar, pródigo en sus movimientos. Lo hallé a pie de

la plancha de piedra, estaba echado y comía pasto. Era la primera vez que observaba un ejemplar felino. Me acerqué a él, torpe y lento; me vio, pero siguió en lo suyo. Seguí paso a paso, entonces el pequeño subió a la piedra, a lo más alto, y se echó, y comenzó a lamerse, estuvo así un rato, luego vomitó la yerba, brincó, olfateó sus deposiciones, y se alejó con elegancia. No lo vi más.

Después llegaron más gatos a la casa. No sé de dónde venían ni a dónde iban, estaban de paso. De súbito aparecían en el patio, en la azotea o durmiendo en lo alto de la planta de bananas apostada a la entrada del inmueble; mi abuelo decía que era un trozo de Veracruz. Tenía esa fijación, una suerte de suvenires que empleaba para relatar su vida y los lugares que sus pies habían hollado. La herbácea Musa le recordaba sus jornadas laborales en los campos de guineos. Sabía cultivarla y teníamos plátanos todo el año.

Sucedieron los años y su monotonía, sus ciclos, todos envejecíamos, yo crecía; es decir, aprendía. Comencé a asistir a la escuela y por primera vez me sentí cautivo, secuestrado, y peor aún, porque no sabía en realidad qué sentía sino años después porque no podía describirlo. Todo me parecía absurdo. Esperaba la hora de salida para huir de ahí. Detesté la escuela.

Acaeció la lluvia, otra vez su ciclo y trajo con ella, además de su delicioso sonido nocturno, una gata embarazada, era enorme, de lomo gris y panza blanca. Mi abuelo la llamó Michu, una variante del sustantivo para gatos. Llegó cuando

transcurría la noche y la lluvia, sus potentes maullidos dolorosos eran extraños para mí, terroríficos, pues transmitían malestar. Se apostó en la puerta de las habitaciones de mi abuelo y abrió; mi madre, al escucharla, corrió hacia ella, estaba empapada; el viejo la alimentó y mi madre la secó con una toalla, supo enseguida que estaba grávida, y en ese instante le preparó una cómoda cama para alumbrar a sus crías. Dos días después parió a siete diminutos bebés. Recuerdo uno en particular de pelaje negro y patas blancas, el viejo lo llamó Botas.

Michu estuvo un tiempo ahí, vio crecer a sus hijos y desapareció. A todos nos dolió. Eventualmente los demás se fueron, iban y venían hasta que jamás volvían. Eran días de incertidumbre, días malos, dolorosos.

Continuamos envejeciendo, y los gatos iban y venían, algunos permanecían un tiempo, otros huían apenas nos veían. Y todo cambió, la piedra donde me deslizaba fue rota por la maquinaria que destruyó el terreno para construir una casa, no sé qué habrá sido del sapo, ni del higo ni de los colores en alto contraste. Todo lo bello desapareció, lo natural, lo verdadero, fue destruido. Pero aquellos nómadas persistían en cruzar la casa de mis abuelos, de mis padres y ahora mía. Transcurrió el tiempo rápido, veloz, incesante. Mi abuela murió, años después mi abuelo también. Él nombraba a los felinos por sus características, a los negros los llamaba sorullo; a los amarillos, güero; a los pardos, elote; a los manchados, pinto.

Los nómadas peludos continúan su trayecto, cruzan esta casa que habito, a veces encuentro a uno o dos durmiendo en mis plantas, en la azotea, en los lavaderos, y desaparecen. A veces me parece que me impelen a hacer lo mismo, renunciar a las reglas y hallar la realidad, transitar, andar, dormir en algún sitio cómodo para la libertad y continuar. Volver a la infancia, eterno retorno, romper el ciclo corrupto del ahora y del mañana y hallar aquel lugar distante en mis recuerdos, allí donde los colores iluminaban, la lluvia arrulla, la piedra donde descansaba y jugaba; en una palabra: nómada. Ser libre.



Malena Mare

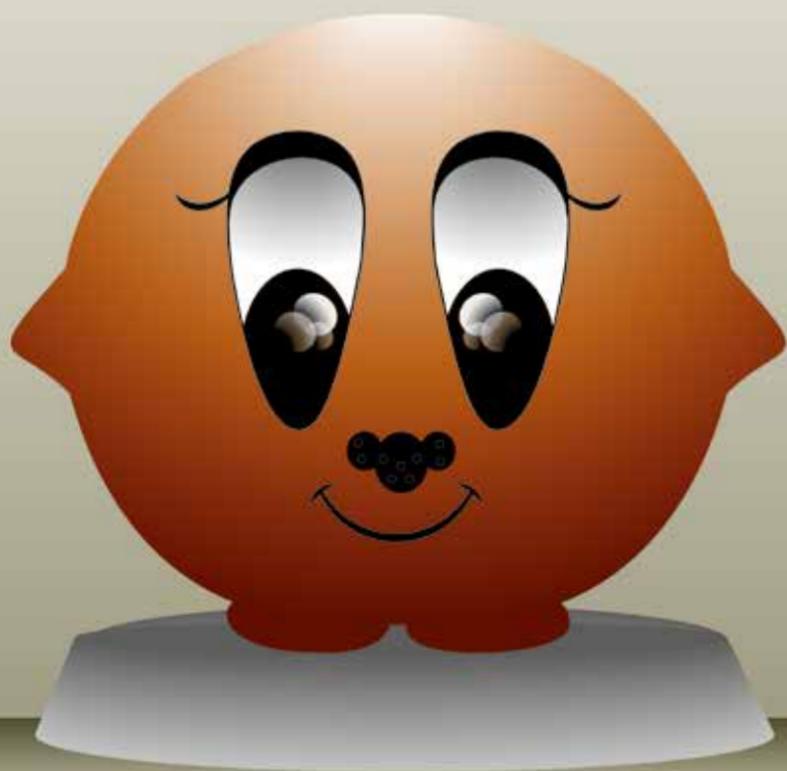
Ilustración: Malena Mare

Omniprescencia

Por Carolina Curci

Sabré de su olor,
de sus besos de lengua entramada y áspera,
de su inevitable caída destruye-órganos.
Sabré de su inmensa presencia,
de ese aroma ambiente que le despierta
descubriendo todo lo que quisimos ocultarle.
Sabré de su respiración,
en cadencia pacífica y rítmica,
de su contonear amable,
de su atrevida siesta sin pregunta
sobre si puede enrollarse en mi pelo.
Sabré de su abrazo,
de sus juegos inagotables hasta la disolución del tiempo
en fusión completa entre el día y la noche.
Sabré de su voz al extrañar y pedir
(porque, claro, sabe pedir con efectividad pasmosa),
de sus espacios,
de sus dominios,
de la generosidad de compartirse,
de la sabiduría tajante de su desapego.
Sabré de sus danzas de cornisa,
de su andar,

combinación perfecta cuasi ancestral,
pagana y terrena.
Sabré casi sin error, cuando me odie,
y cuando me ame:
quizás en ese profundo equilibrio
sienta un ínfima parte de su esencia.
Sabré de su intrincado carácter,
del respeto que pide e invoca,
del adorarlo y darle los espacios que exige.
¡Tanto amor, tanto abrazo!
A su Excelencia no le importa.
Les juro que no le importa.
Soy yo quien cree haber sido elegida.
Es. Simplemente ES.
Mi privilegio es estar donde ES.
Quizás solo sepa
cuando esté listo para dejarme,
para desguasar el frágil invento
del tiempo compartido.
Lo que con certeza,
no sabré nunca
es cómo,
cuando decida irse,
dejar de extrañarlo.



Mario Estévez

Cats

Por Márlet Ríos

La vi cazar palomas distraídas
en el jardín de mi casa
gata siamesa con nombre de hetaira.
La miré acicalarse un millón de veces
y luego leí en una revista:
“A ellos les gusta ser acicalados. Las caricias
mezclan el olor”.
No pudo presagiar un sueño aciago
entretenida como estaba.

Un gato tuerto

Por Márlet Ríos

Un gato tuerto me mira con su único ojo sano
Desde el alféizar, en lo alto de aquella ventana.
Como si se tratara de un oráculo posmoderno y gatuno,
Contemplo la escena
Antes de partir rumbo al trabajo diario.
Los días pasan como electrones furibundos.
El tráfigo de la vida actual,
Con sus tarjetas de crédito y los salarios congelados,
No da tiempo para pensar en nada más.
Todo parece reducirse
A un ir y venir absurdo en medio de franquicias y megaplazas
Y discursos vacíos de funcionarios engolados.

El gato tuerto evita a los vecinos que pasan raudos a tomar
el bus.

En medio de la indiferencia y las rejas de paranoia,
Su presencia interpela nuestra rabiosa ansiedad.



Macarena

Gato

Por Ibán de Jesús Alarcón Marín

Felino que copulas en mis techos de hojalata
irrumpiendo en mis cortos sueños eróticos,
saltas, corres y tiras de teja en teja.
Gatico que ronroneas
a altas horas del gatillo,
en noches perras, en noches mías,
acompañante de bazucos temerosos,
alcahueta de la bareta
y otros sustos más hijo de puta.
Gato de ojos pardos, pupila dilatada,
prevenido del más leve movimiento
cuando por un momento me dejas verte,
demonio de cuatro patas, ágil te escabulles
por el sitio menos previsto,
fugitivo de ensueños,
cuando este es el sueño mío.
Todos tenemos un miedo
al igual que un gato en el tejado;
Gato me llaman
en las noches solas de mi barrio,
para luego perderme en lo profundo
de la espesa bruma de mi sombra, de mi luna,
para ocultarme de mis pecados mortales

en mis siete vidas, una por cada día,
en esta semana félida
donde el asfalto me delata,
me cubre y no me mata,
bajo mi techo de hojalata.



Peché

Por enamorarme

Por Alejandro Basile

San Martín, Baires, agosto de 2015

Norberto, ya me lo había dicho muchas veces, “Ojo pibe, tené cuidado cuando andás por la estación, mucho cuidado en el andén”. Tantas veces me lo dijo.

Aquella mañana fue amor a primera vista. Su figura, su porte, su manera de caminar; mi corazón palpitaba de una forma como si fuese a salirse del pecho. Respiré hondo, me engalané, y, decidido a conquistarla, me fui acercando con un andar ligero. Nunca antes había visto tanta belleza. Dando pasos firmes y seguros me aproximé. En cuanto estuve cerca, comencé con mi danza del amor; infalible a la hora de conquistar corazones. Con la cabeza elevada, el buche hinchado, comencé a zurear mientras bailaba girando hacia un lado y luego hacia el otro. Su cuerpo emanaba una dulce fragancia, todo en ella era perfecto. Redoblé mis esfuerzos, hinché aún más mi buche, continué zureando; y, ella, nada. Nada, ni siquiera se dio por aludida, era como si yo no estuviese allí. Cualquiera otra se hubiese entregado fascinada ante mi cortejo, pero ella no. Ella es especial, lleva un anillo en su pata izquierda. No logré conseguir su atención, ni por tres segundos; para qué contar de todas las maneras que lo

intenté. Yo estaba plenamente embelesado, me derretía ante su presencia; y ella ni se mosqueó al verme. Ella, un verdadero primor, una hermosa paloma federada, desplegó sus alas y se alejó surcando el cielo en un vuelo armónico. Yo, inmóvil, boquiabierto, me quedé viéndola alejarse. Reaccioné con los gritos de un chiquito, que trataba de corretear por el andén tomado de la mano de su mamá; gritaba dirigiéndose hacia mí, quizás con ganas de atraparme, volé a posarme sobre un cartel. Desde allí arriba veía al niño junto a su madre. El sol de la mañana comenzaba a calentar, y yo no hacía más que pensar en ella. Bella e inalcanzable para alguien como yo; la dama y el vagabundo. La bocina del tren me sacó de mi abstracción, el andén quedó otra vez desierto, bajé a picotear unos pedazos de galletita de chocolate. Sé que no son buenas, que le hacen muy mal a mi salud, pero son deliciosamente irresistibles; y mientras comía, mis pensamientos seguían en la Venus Afrodita que acababa de cautivarme. Cupido había flechado solo un corazón, el mío. Tal era mi estado, que la galletita de chocolate que estaba comiendo, no tenía gusto a nada. No hacía más que pensar en ella. De repente, la oscuridad total.

Norberto, ya me lo había dicho muchas veces, “Ojo pibe, tené cuidado cuando andas por la estación, mucho cuidado en el andén”. Tantas veces me lo repitió. Aquella mañana de martes me enamoré, me descuidé y terminé apretujado en una jaula junto a otros. Periódicamente desaparecen palomas de la estación. Nadie sabe dónde van

a parar, ni qué pasa con ellas, no se las vuelve a ver nunca más, ni vivas, ni muertas; solo desaparecen. Ni Norberto que todo lo sabe, tiene una respuesta. Estuvimos dos días todos apiñados en la jaula, sin agua, sin comida; hasta que a la tarde del jueves nos cargaron en una camioneta, junto a otras jaulas con otras aves y animales. Se escuchan canticos y tambores. Uno a uno nos van sacando de la jaula. Una mano suave, con suma delicadeza me tomó; tuve la sensación de que me acariciaba. Giré la cabeza, y mi corazón se aceleró. En la otra mano de esta persona vestida de blanco que me lleva, está ella, la que provoca que mi corazón quiera escaparse de mi pecho, la más bella de todas las palomas, la que jamás me registró la otra mañana en la estación. Hoy, ella y yo, estamos juntos, y en cuestión de minutos, juntos, ella y yo, pasaremos a ser sacrificados en los rituales, que aquí se están celebrando.



Frida

Índice de obras y autores

Abismo / Dayana González Fajardo	10
Afecciones y afectos por los gatos / Germán Rojas	12
Bastien 01 / Jorge DelMar	15
Bruma / Niña Tigre	24
Canela mística / Gloria María Bustamante Morales	26
Chiasa / Claudine Flamand	30
Poema 35 / Emma Luz	35
Kairos / Cabellos fríos / Paula Andrea Fernández	37 / 38
El maullido que me abraza / María Camila González	40
<i>Déjà vu</i> / Leonardo Pineda	42
El baile secreto de los gatos / Uriel Velázquez Bañuelos	44
La ausencia / Valentina Duque Vargas	46
El gato de Kafka / Iliana Hernández Arce	50
El gato naranja <i>The Fat Ginger Cat</i> / Olga Schembri	53
Gato negro / Dora Susunaga	56
Haces llorar a los unicornio todo el tiempo / Lizzie Castro	59
La arena húmeda del alcohol / Graciela Brown	62
Mía y la lluvia / Hernando Escobar Vera	65
Nómadas / Jorge Torrealta	69
Omnipresencia / Carolina Curci	75
<i>Cats</i> / Un gato tuerto / Márlet Ríos	78 / 79
Gato / Ibán de Jesús Alarcón Marín	81
Por enamorarme / Alejandro Basile	84
Ilustradores, artistas, fotógrafos	89

Ilustradores, fotógrafos y artistas
(En orden alfabético)

Alejandra Pérez
Amelia Pascuas Vergara
Anderson Paredes
Angélica Sierra
Carlos Manuel Naranjo
Claudia González
Catalina Villegas-Burgos
Eddy Márquez
Emilio Cano
Érika Domínguez
Frida
Lina Avendaño
Lizzie Castro
Malena Mare
Marcela León Rojas
Mario Estévez
Nelson Torres Cadena
Rocío Rojas García
Sara Dymz
Wuinifret Jiménez / Ginebra Ácida
Yarithza Juliana Mendoza



9editores ha querido prolongar esa caricia de admiración a los gatos que el arte de la palabra y de la imagen ha mantenido viva a lo largo de la historia de la humanidad y de los gatos, por supuesto, mediante una “convocatoria” de poemas, relatos y dibujos sobre estos seductores animales. El resultado es esta antología digital de descarga libre, *Gatos. Arte y amor*, en la cual se reúnen 25 textos y 24 ilustraciones a todo color de autores y artistas de diversas partes del planeta.

Agradecemos, en nombre de todo el equipo de **9editores**, a los autores y artistas que se sintieron afines a este llamado felino y nos obsequiaron sus textos e ilustraciones, para hacer realidad otro de nuestros sueños, y a los lectores que perpetuarán el ronroneo y las vidas de estos gatos y gatas en sus propias vidas y experiencias lectoras.

